

Los Negu Gorriak han visitado con «Respeto» Los Angeles, Tijuana y Ciudad de México, en una gira de solidaridad con los zapatistas, a quienes han tenido la oportunidad de conocer muy de cerca, en plena selva Lacandona. Estas páginas son un testimonio del contacto de los Negu con los indígenas insurrectos. El epílogo de esta historia es conocido: Fermín e Iñigo Muguiza han regresado a casa sin novedad, no así Mikel Abrego, detenido y posteriormente deportado acusado de entrar ilegalmente en el país y —tremendo delito— participar en conciertos públicos sin autorización.

Cuando los Negu Gorriak llegaron en un jeep rojo alquilado a La Realidad, comunidad tojolabal en medio de la selva Lacandona, parecía que todo el pueblo se acercaba a rebullirlos gritando «el pueblo unido jamás será vencido».

Semejante recepción era, en realidad, para Danielle Miterrand, pero alcanzó de pleno a los Negu. Mikel Abrego confesaría más tarde que se había quedado ahogado, sin voz, con la piel de gallina. Y es que tantos indígenas con pasamontañas, pañuelos cubriendo los rostros, los vestidos de las mujeres de brillantes colores, algunas con los niños colgando del pecho, los lazos y flores en el pelo de las muchachas, los pies descalzos de los campesinos, sus sencillas ropas remendadas, los puños alzados de todos, sin importar edad, sin importar sexo... esa voluntad de lucha, de unidad colectiva, era no menos que sobrecogedora.

Una joven, con clips y cintas rojas en el pelo, sostenía el megáfono y aullaba las consignas que luego todos, hombres, mujeres y niños, repetían: «Las mujeres del campo y la ciudad, juntas lograremos la igualdad». «Daniela, la ayuda que nos des es para lo que ves... En el centro de resistencia cultural Aguas-

calientes, Danielle Miterrand dijo unas palabras... «Sí, es cierto, estoy con su lucha». Diminuta en su emoción, acabaría diciendo, junto al subcomandante Marcos, que «el lenguaje de éstos a quienes llaman terroristas a mí me encanta».

El comandante Tacho subió al estrado y se dirigió a las bases de apoyo zapatistas: «Nosotros, la delegación del EZLN, nos vamos a retirar en estos momentos al diálogo de San Andrés». Vehículos de la Cruz Roja Internacional esperaban a Tacho y a la comandante Trinidad, la abuela Trini, convertida en temida interlocutora del gobierno de México tras parir quién sabe cuántos hijos y no muy saber leer, como dice ella. Y por el camino de tierra desapareció el convoy con los representantes tojolabales para las negociaciones de paz —allí se encontrarían con la delegación tzeltal, tzotzil y chol—, aplaudidos por todo el pueblo, en una escena de esperanza colectiva y de fragilidad absoluta, los dos salidos de entre el pueblo, en un coche, con sus pasamontañas, el vestido de florescitas de ella, la estrella roja y negra de él.

En La Realidad, los Negu Gorriak pronto fueron identificados por parte de los integrantes del Campamento Civil por la Paz, especie de escudo humano internacionalista



Al finalizar la rueda de prensa, hecha a la luz de una bombilla conectada a un generador de gasolina en una mesa de palos, los Negu informaron al «Sub» de su gira «Respeto».

se ha creado un mito en torno a él, pero él mismo lo destruye platicando con todos».

La frase que más gustó a los músicos vascos fue: «Los indígenas estamos desesperados, y cuando estamos desesperados cantamos y bailamos. La más terrible fue: «¡Tenemos vuelto a hacer la cuenta de muertos de niños menores de cinco años, y en este año hay más que en el 92 y el 93. Se necesita una iniciativa grande, enorme, para poder resolver este problema. No estamos pidiendo ayuda de guerra, estamos pidiendo maíz, frijol, antibióticos y sobre todo medicinas para los niños».

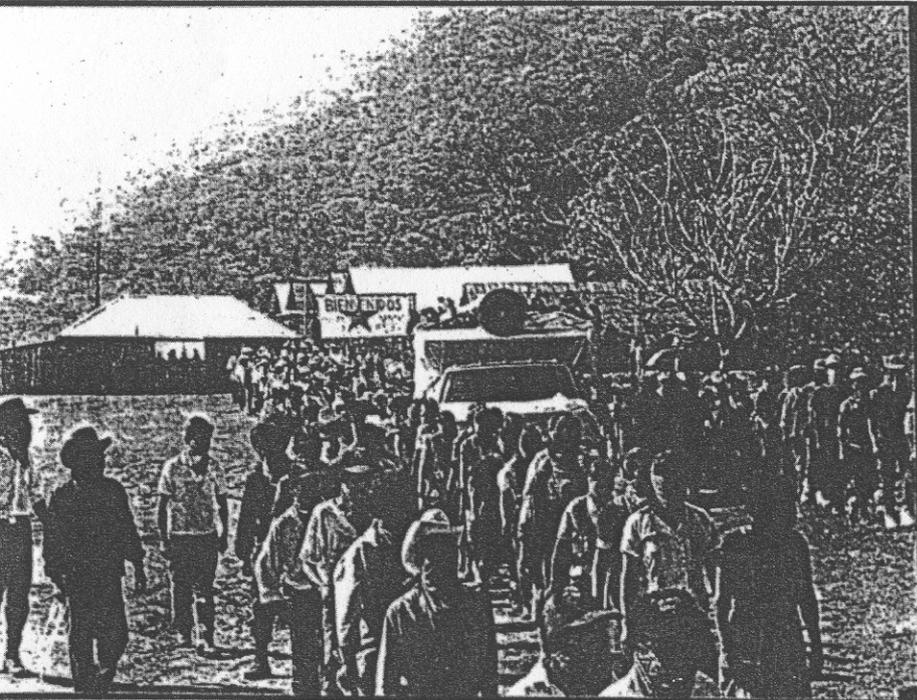
Al finalizar la rueda de prensa, hecha a la luz de una bombilla conectada a un generador de gasolina en una mesa de palos, los Negu informaron al «Sub» de su concierto y su gira «Respeto», de solidaridad con el EZLN. Marcos prometió que para ese día Durito, el famoso escarabajo, mandaría un comunicado.

Desaparecieron los armados y empezó a sonar la marimba. Prestos, los más de mil indígenas tojolabales, tzotziles, tzeltales y choles salieron a bailar, en parejas, quedillo, sin mirarse a los ojos, como dicta la costumbre. El asistente de los Negu, Mikel Catana, no reprimió sus deseos de bailar con una calca del pueblo; tuvo que pedir permiso a la madre y al fin consiguió moverse a ritmo de cumbia con una zapatista de base.

El mayor insurgente Moisés tenía una orden que cumplir de parte de Marcos, su mando inmediato. Dadas las condiciones de inseguridad militar, el «Sub» no podía quedarse a saludar a los Negu Gorriak y le pedía a él que los atendiera. Moisés, indígena, jefe militar de toda la cañada de Margaritas, se paseaba por entre el baile con una postal en el pecho. Era la postal de la gira de los vascos, «Respeto», donde aparece un comandante tzotzil con su sombrero de cintas de colores. Por fin Fermín y los dos Mikel se dieron cuenta. Y se acercaron al mayor, quien les dio las gracias por todo lo que habían hecho, por el concierto y por haber llegado hasta allí a saludarlos. Moisés hablaba «sin anestesia», comentarían después. «Nos dijo que iba a haber sangre, que ellos iban a morir, nos habló de lo difícil de la situación y de que ellos están dispuestos a todo por el pueblo».

Al día siguiente, Fermín entendió la paradoja de estas tierras de resistencia: «En plena selva todo el mundo bailando cuando resulta que, a la mañana siguiente —en realidad es cada día— un convoy militar de catorce vehículos, con tanquetas, blindados, armas, cámaras de video y de fotografía, recorrió el pueblo por su columna vertebral, la carretera de tierra que la parte en dos». Fermín atisbó que en el último jeep un militar gringo, rubio, era el que sacaba fotos de todos los no indígenas, del italiano que apuntaba matrículas y contaba armamento, de los gallegos que retrataban a los soldados y de los vascos que miraban atónicos.

Los Negu Gorriak, como todos los extranjeros, sufrieron el hostigamiento de las autoridades migratorias mexicanas, destacadas en la entrada de la selva. Allí los detuvieron una hora y media; les tomaron sus datos, les hicieron fotos, los filmaron en video y les grabaron la voz en un caset. Luego les dieron un citatorio para presentarse en lo que sería el Ministerio del Interior de San Cristóbal de las Casas.



El recibimiento fue apoteósico, aunque en realidad estaba dedicado a Danielle Miterrand.



Los Negu escuchan al subcomandante Marcos, abajo. Las fotos son de Yuriela Pantoja.

que acompaña a las comunidades rebeldes en su resistencia. Una italiana, Vanesa, invitó a los músicos a comer en la choza de las campamentistas, que, como suele ocurrir en el zapatismo, son mayoría mujeres. Allí, Fermín Muguiza, ataviado con una camiseta de EZLN, se topó comiendo frijoles, tortillas y arroz con Danielle Miterrand, que le preguntó:

«¿Ustedes son vasco-españoles o vascos franceses?»

«Vascos. No hizo ninguna concesión Fermín, y ahí acabó el tema, para regocijo de una catalana y dos gallegos, única presencia de la Península Ibérica en La Realidad.

Después de comer, cuenta Fermín, «sentí que pasaba algo, sentí que llegaban los insurgentes, porque hasta entonces sólo había bases de apoyo y milicianos. Y así era. Con la noche, el subcomandante Marcos y una escuadra de veinte insurgentes entraron en el foro

Aguascalientes a caballo. La evidencia de una lucha armada sostenida y cobijada por esas comunidades rebeldes completaba el cuadro de los visitantes.

Marcos se acercó a los de fuera, periodistas y campamentistas, a decir que en un rato daría una rueda de prensa junto a Danielle Miterrand.

«Nos dio una imagen de accesibilidad alucinante, tanto él como los que estaban con él, además de que no tiene a nadie que venga y comunique, sino que lo hace él en persona», afirmaría Fermín.

A los Negu Gorriak les chocó su sentido del humor. Mikel cuenta: «Al empezar la rueda de prensa, lo veía más serio, cansado, ojoso... pero, conforme iba pasando el rato, iba cambiando los casets de las grabadoras y decía que lo iba a cobrar, que iba a pasar la gorra, porque el pasamontañas no se lo iba a quitar...»

Para Fermín, «Marcos es consciente de que